

ciencia ficción y fantasía

# nueva dimensión



nueva  
dimensión 17

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por  
Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

**REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA**

**A cargo de:**

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

**AÑO 1970/5**

*Director Periodista:*

José Armengou

*Delegado en Madrid:*

Carlo Frabetti

*Colaboradores:*

Joaquín Alberich

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Luis-Eduardo Aute

Carlos Buiza

Alfonso Figueras

José Luis Garci

Luis Gasca

Teresa Inglés

Antonio Martín

José Luis M. Montalbán

Berit Sandberg

*Director artístico:*

Enrique Torres

*Ilustradores:*

Miguel Albiol

José M.<sup>a</sup> Beá

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Jordi Paris

Enric Sió

Adolfo Usero Abellán

*Corresponsales:*

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J Ackerman  
Francia: Agustín Riera  
Gran Bretaña: Jean G. Muggoch  
México: Luis Vázquez  
Rumanía: Ion Hobana  
Uruguay: Marcial Souto

**Octubre 1970. Número 17**

**Miembro de The National Fantasy Fan Federation**

# **nueva dimensión** **HOY**

## **EDITORIAL**

**¿Y si...?**

## **CONVENCIÓN**

**Heicon'70**

por Sebastián Martínez, Luis Vigil, Carlo Frabetti y Domingo Santos

## **SE PIENSA**

**La ciencia ficción de Julio Verne**

por Arturo Aldunate Phillips

**Las Antologías Acervo de Anticipación**

por Domingo Santos

**Notas breves sobre realismo fantástico**

por Juan Pedro Quiñonero

## **SE DICE**

**Libros, comic, prensa, radio, cine, TV, fandom, premios, arte, reuniones, poster, SF mundial**

## **SE ESCRIBE**

**Las opiniones de nuestros lectores**

# **nueva dimensión** MAÑANA

## **CUENTOS**

**Al borde del desastre**

por Peter Hawkins

**... en la línea de puntos**

por Lloyd Biggle, Jr.

**Nadie tomará tu lugar**

por Anthony Jacobson

## **CUENTOS CORTOS**

**El bosque**

por Sánchez Ávila

**Proyectil dirigido**

por Philip E. High

**Mucha noche**

por Víctor Mora

**La batalla**

por Robert Sheckley

**La noche de la derrota**

por Massimo Pandolfi

**El cruce**

por Sandro Sandrelli

## **CLÁSICO**

**El dólar de John Jones**

por Harry Stephen Keeler

## **PORTADA DE**

Enrique Torres

## **ILUSTRACIONES DE**

Miguel Albiol

Sánchez Avila

Virgil Finlay

Fossmark

Carlos Giménez

Francisco Gisbert

M. Jacoponi

Jordi Paris

Adolfo Usero Abellán

## **HUMOR**

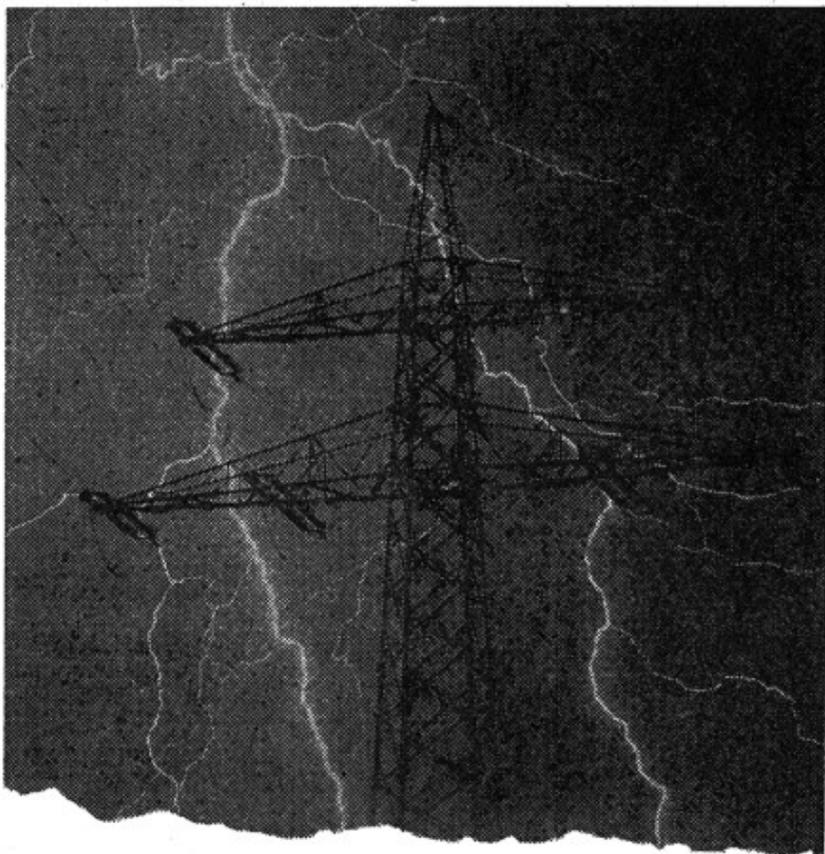
Boime en *Space Jokes*

Crocker en *Sunday Mirror*

Joseph Farris en *Ufo-Ho Ho!*

Kirby en *Daily Mirror*

Rieff en *The Howls of Ivy*



## EDITORIAL

# ¿Y SI...?

*Como otras dieciséis veces anteriores, me senté ante mi querida/odiada máquina de escribir, dispuesto a pergeñar el editorial de este número 17. Es ésta una labor que, gustándome, siempre me ha hecho estremecerme un poco, me ha llenado de dudas, me ha angustiado. A veces he querido contrarrestar esta impresión redactando un editorial que muchos habrán calificado de cínico, otras veces he*

*querido ser trascendentalista, pero el escalofrío inicial no ha faltado nunca.*

*Me he sentado, pues, ante mi querida/odiada máquina de escribir (que algunos, a mala idea, han calificado como mi neurótica amante)... cuando se fue la luz.*

*Naturalmente, dirán ahora ustedes, puedo abrir la ventana (trabajo de noche) o más simplemente encender una vela. Si no tengo una vela, argüirá algún sarcástico, es que soy poco previsor.*

*Pero mi máquina de escribir no funciona sin electricidad, y siempre me he visto absolutamente incapaz (es algo patológico) de escribir dos líneas derechas a mano. Así que me he pasado más de una hora a oscuras, maldiciendo a mi mala suerte y a la compañía suministradora de electricidad... y pensando.*

*Cuando finalmente ha vuelto la luz, tenía un nuevo tema completamente distinto al pensado inicialmente para esta editorial.*

*Es, en realidad, un tema viejo. Nunca me atrevería a contar el número de los autores que lo han tratado antes que yo. Pero creo que, en su contexto, entronca perfectamente con una línea seguida por algunos de mis anteriores editoriales (el relativo a la polución, por ejemplo, o el de la superpoblación), referidos todos ellos a una característica importante de nuestro mundo actual que es al mismo tiempo un grave peligro —por no decir una seria amenaza— a nuestro futuro.*

*Hoy le toca el turno a la energía. Desde el momento en que, por los lejanos tiempos de la prehistoria, el hombre descubrió esa cosa maravillosa que se llama fuego, su dependencia a la energía no ha dejado de crecer ni un solo momento. Primero fue únicamente una dependencia relativa, ya que la*

*energía cumplía tan sólo con la mera labor de auxilio, y el hombre podía vivir perfectamente sin ella.*

*Pero, a lo largo de los años, esta dependencia se ha ido haciendo cada vez mayor. El hombre ha necesitado más y más de la energía para sobrevivir, hasta llegar un momento en que ya no puede prescindir de ella.*

*Examinemos un poco la situación. La tenemos a nuestro alrededor, al alcance de la mano. ¿Cuántas máquinas tenemos junto a nosotros que no funcionen por electricidad? Tan sólo una parte del transporte, el automóvil, no depende totalmente de ella, y aún por poco tiempo, vistas las campañas en pro de un automóvil limpio, es decir eléctrico. La industria se halla totalmente electrificada, y la electricidad se ha adueñado enteramente de nuestro hogar a través de los electrodomésticos. Sin electricidad no existirían el ochenta por ciento de nuestras diversiones, los espectáculos no podrían seguir, ni las comunicaciones a larga distancia...*

*Pero nuestra dependencia ha ido aún más lejos. Actualmente, la energía eléctrica se encarga no solamente del movimiento, sino también del control. La cibernética ha conseguido que el hombre se despreocupe de una serie de tareas y cálculos, tan engorrosos como vitales. Regula el tráfico de nuestras ciudades, hace las previsiones de nuestra meteorología, organiza censos y estadísticas, elabora proyectos a largo plazo, traza previsiones...*

*Incluso el propio hombre ha empezado a electrificarse. Los aparatos para la sordera funcionan con pilas, los marcapasos que regulan nuestros enfermos corazones necesitan su correspondiente batería, las prótesis, aunque se muevan conectadas directamente a nuestro sistema nervioso, necesitan también un motor mecánico. Y para el día de mañana se habla*

ya de los fabulosos cyborgs, emparentados con la ciencia ficción pero mucho más reales y próximos, hombres que verán enormemente aumentadas sus capacidades físicas e intelectuales con ayuda de mecanismos electrónicos creados, diseñados y adaptados para una función precisa y determinada.

Nuestra dependencia de la electricidad es tan grande, que nuestros propios aparatos empiezan a sufrir ya interferencias de otros aparatos próximos. Todos hemos visto cómo la imagen de un televisor empieza a hacer diabluras cuando el vecino de al lado enchufa el aspirador o el molinillo de café; nuestros coches han tenido que adaptar en su circuito eléctrico cables antiparasitarios para disminuir su interferencia hacia las emisoras radiofónicas. Y estas interferencias están llegando a tal punto que empieza a hablarse ya de «polución electrónica». En Louisiana, en los Estados Unidos, el haz del radar del pasillo aéreo del aeropuerto de Nueva Orleans causó tales interferencias en un cerebro electrónico de la Oficina de Impuestos que llegó a borrar parte de su memoria; en las cercanías de Nueva York, el poderoso radar del aeropuerto Kennedy produjo tales interferencias en un radiotelescopio de los Laboratorios Bell, que los científicos que estaban a su cargo no pudieron detectar la radiación de fondo del universo hasta que la emisora del radar no fue ajustada con exactitud.

Creo que hemos confiado demasiado en esos invisibles duendecillos omnipotentes que trabajan para nosotros de modo incansable, sin pensar en que su existencia es mucho más precaria de lo que todos nosotros creemos, y depende muchas veces de un simple fusible en una lejana central en Niágara. Pensemos en el famoso «apagón» de Nueva York, y recordemos también sus consecuencias.

A menudo he pensado lo que ocurriría si, de pronto, la Tierra entera se quedara sin energía eléctrica que consumir. Una lejana y famosa película, «Ultimátum a la Tierra», nos planteaba en un momento dado este problema y sus consecuencias. En una novela que recuerdo haber leído hace mucho tiempo, pero de la que se me ha olvidado el nombre y el autor (agradeceré la información de los bibliófilos, pues era una novela francamente interesante), unos invasores extraterrestres dominaban enteramente a una gran ciudad en pocas horas simplemente alterando sus señales de tráfico de modo que todos los semáforos dieran al mismo tiempo luz verde, y organizando un atasco tal que cualquier intervención del ejército fuera imposible.

Pero la realidad es aún más espeluznante. En el célebre «apagón» de Nueva York, los atascos fueron impresionantes, la gente quedó atrapada en los ascensores, la radio y televisión quedaron eliminadas, hubo una carencia total de noticias, la calefacción dejó de funcionar... Esto fue, afortunadamente, tan sólo durante unas pocas horas. ¿Qué hubiera ocurrido si la situación se hubiera prolongado más tiempo? ¿Se hubiera podido dominar el pánico?

Ya sé que ustedes dirán que es imposible el que nos quedemos sin electricidad todos y para siempre. Yo siempre he creído que la palabra imposible no tiene razón de existir. Puede ser poco probable que ocurra, al menos por ahora. Pero esto no quita en absoluto nada de su importancia al hecho de que hoy somos unos meros esclavos de la electricidad que no saben vivir sin ella, y hasta me atrevería a decir que no saben tampoco sobrevivir. Y la situación no se detiene.

Durante esta hora que me he pasado a oscuras delante de mi inútil máquina de escribir, pensando,

*he llegado a la conclusión de que sería una buena idea extrapolar, hasta sus últimas consecuencias, la idea de un mundo que se viera privado de pronto, absoluta y para siempre, de la electricidad. Sería interesante dar vida, aunque sólo fuera con la imaginación, a una raza de extraños y poderosos seres extra-terrestres o un extraño animal cósmico que pudiera absorber toda nuestra energía y dejarnos inermes, y estudiar luego las posibilidades de supervivencia de la raza humana y en qué condiciones. Creo que podría salir una muy buena historia.*

*Es probable que algún día me decida a escribirla.*

<b>EL BOSQUE</b>
<b>SÁNCHEZ ÁVILA</b>
Sánchez Ávila nació en Madrid, en 1931. Cursó estudios de Bellas Artes, pero se considera un autodidacta. Su obra pictórica es de unos 700 cuadros, gran parte de los cuales han sido exhibidos en exposiciones colectivas o personales. Su afán actual se centra en preparar una nueva exposición y escribir relatos que él mismo ilustra.
<b>ilustrado por el autor</b>

Ellos se habían sentado sobre el ser plano de rayas multicolores.

Ellos se fijaban en los ojos luminosos de los cuarenta hombres vegetales. Esperaban una sonrisa de aquellos rostros fríos y planos y oscuros como sombras de noche; pero sólo veían las raíces entrelazadas de los hombres vegetales que permanecían quietos en su mundo plano y oscuro, mirando acaso los dos cuerpos extraños que eran cuerpos de extranjeros.

—¿Los conoces? —preguntó la muchacha.

—No los conozco —respondió el hombre—: son extranjeros y no sabemos si se fijan en nosotros.

—Pero esos ojos luminosos, esos ojos de felino... —dijo la muchacha— yo sé que nos miran.

Y el hombre dijo:

—¿Para qué?

Y ella respondió:

—¡Yo qué sé para qué nos miran!

El ser rojo y peludo reposaba sobre tres de sus cuatro patas de hierro; la otra pata se estiraba como señalando a

un lugar concreto.

Ellos no hacían caso del ser peludo porque era tan extranjero como los cuarenta hombres vegetales del mundo plano.

—Ellos nos apartan de nosotros —dijo él.

Y ella preguntó:

—¿No decías que los ojos luminosos no nos miran?

Y él respondió:

—Sí, lo he dicho; pero sé que ellos nos apartan de nosotros.

Y ella, como remedando la pregunta que él había hecho poco antes, preguntó:

—¿Por qué?

Y él respondió:

—No lo sé, muchacha.

Y ella preguntó:

—¿No seremos nosotros los que nos apartamos...?

Y él no supo qué responder.

Es otro lugar u otro tiempo u otra dimensión; con ellos hay otros seres que hablan mucho y no dicen nada. Ellos y los seres que hablan están en una burbuja de tiempo. Fuera de la burbuja hay mil y un seres extraños que danzan entre el mundo del color y hablan en silencio.

El hombre cree reconocer, en los de más allá de la burbuja, a seres conocidos; pero no sabe salir de la burbuja de tiempo.

Los seres que hablan sin decir nada cierran, en torno a los cinco, la burbuja de tiempo.

Y la muchacha preguntó al hombre que había junto a ella, sentado sobre el ser de rayas multicolores:

—¿No seremos nosotros los que nos apartamos?

Y él respondió: